

Los cazadores de animales terrestres

Víctor Negrete Barrera

En este oficio de coger o cazar animales participaban desde niños hasta hombres entrados en años. Eran apasionados, parecían estar predestinados, dotados de gran capacidad de observación, conocimiento y paciencia, mucha paciencia. Para el día de caza por ejemplo se preparaban física y mentalmente, provistos de las cosas indispensables y mucho entusiasmo. A las seis de la tarde en punto llegaban al lugar donde sabían o tenían sospechas de encontrar él o los animales que querían. Estos lugares eran los comederos, los dormideros o los puntos de encuentro, de juegos o de juntarse las parejas en celo.

Levantaban una troja, es decir, arreglaban un puesto de observación donde debían permanecer varias horas sin hacer ruidos de ninguna clase, a la espera del animal. La troja debe estar a una altura de tres o cuatro metros de alto para evitar que el animal los olfatee. Conviene llevar ropa de color negro para ocultar mejor la presencia y no usar nada que tenga olor, ni fumar cigarrillos o tabacos.

Hay que tener en cuenta la luna porque sus cambios afectan el comportamiento de los animales. Algunos cambian de cueva, les llega el celo a las hembras, los machos son más agresivos y, en fin, hasta modifican las horas de salir y comer. En luna llena muchos animales no salen, entre ellos la guagua. Hay cazadores que prefieren la luna menguante porque sale a las ocho, hora en que hay movimiento de animales.

Los animales más perseguimos fueron los siguientes:

Manao. Era un puerco mono, candelillo prieto, bajito por delante y alto por detrás, con un par de colmillos que le salen de la boca. Andan en manadas arrasando con lo que encuentran a su paso y duermen uno detrás del otro, oliéndose el jopo y los permanentes pedos de olores agrios y ruidosos.

Cada manada es guiada por un jefe, el más pequeño y al que los cazadores llaman cacique. Hay caciques que pueden conducir hasta cien de estos puercos. Cuando matan al guía la desbandada es total al principio, luego se reagrupan y siguen su marcha incansable.



Puerco Manao

Guartinaja o guagua. Es de comida exquisita. En luna nueva cambian de cueva. La que abandona la deja limpia y tapada y la que ocupa por lo general es construida por armadillos. A pesar de ser un animal escurridizo y gustarle la oscuridad tiene algo que lo delata: la compañía permanente de mosquitos de luz, llamados así por ser de color blanco. Son más chiquitos que el mosquito común y corriente y cuando pican causan rasquiña. La cualidad que tienen es que donde hay guagua o armadillo están estos mosquitos acompañándolos. Siempre van juntos.

El macho y la hembra vivían separados, cada uno por su lado, se juntaban no más para procrear. La hembra casi siempre tiene dos crías de sexo diferente. Cuando están grandecitos la hembra queda con el papá y el

macho permanece con la mamá... así forman nuevas crías.

Venao. Los había de dos clases: los de racimo y los cauquero. Los primeros eran más grandes, las cornamentas de los machos con sus ramales terminaban hasta en quince o dieciséis puntas, mientras las de las hembras terminaban en ocho. Los machos de los cauqueros estaban dotados de dos cuernos y la hembra carecía de ellos.

El venao lo cazaban de día con perros. Cuando era perseguido y llegaba a una fuente de agua, sea esta río, quebrada o caño, se metía enseguida y al rato quedaba tieso, paralizado; berreaba como pidiendo ayuda o por el dolor del calambre... el cazador llegaba hasta donde él y lo capturaba.

Zaíno. Parece un cerdo flaco, de color negro, pelo grueso y rabito mocho, es bravo. Los perros le tienen miedo porque es un asesino con los dientes, por algo le llaman *mata perro*. La huella es parecida a la del venao, para oír mejor levanta cualquiera de las patas de atrás y para olfatear alza la nariz y huele hasta una distancia de 300 metros.

La carne de la hembra tiene sabor a cerdo y la del macho a marisco, algo así como el olor natural del sobaco de la gente. Las glándulas que le producen este olor están colocadas a lado y lado del rabito, por eso, cuando lo matan hay que sacárselas para disminuir este olor y sabor. Cuando cocinan esta carne no deben echarle comino porque le aumenta el sabor a marisco.



Zaíno

Armadillo. Antes era común encontrarlos por los montes y en la montaña a cualquier hora del día, cuando empezaron a cazarlo para comer o vender cambió su horario para las noches. Antes del cambio de horario lo cazaban con perros y escopeta. Su mejor escondite era la cueva que prepara. Las hay hasta de diez metros de largo en línea recta o curva. La entrada queda perfectamente camuflada con hojas y al final de ella le hace un pequeño hueco a la tierra para poder respirar.



Armadillo

Cuando el cazador o el perro descubren la cueva, ya sea porque lo vieron entrar o por el olfato o por los mosquitos de luz que lo acompañan, viene el trabajo de sacarlo. Toca entonces seguir el curso de la cueva con un machete, covador o palo e ir tocando hasta tropezarlo. Ya localizado lo cogen fácil levantándolo, no halándolo porque se pega a la tierra con las uñas de las patas siendo casi imposible desprenderlo. Además de tener presas sabrosas, la manteca sirve para el ahogo o la opresión de los niños; la toman mezclada con aceite de comer y la sangre para untársela a las personas a

quienes se les abre la piel de los pies.

A veces, aunque muy rara vez, hay cazadores que piensan lo que han hecho con estos animales. Son conscientes que lo hicieron para comer y conseguir dinero para vivir...por eso no están arrepentidos y lo justifican diciendo que no fue por apuestas, ni juegos, ni maldad. Cuando les dicen que ya no existen como antes quedan callados con la mirada triste.

Tierralta, 2.000